

## LOS VERSOS LIBRES DE MARTÍ

por Miguel de Unamuno

**T**odavía siento resonar en mis entrañas el eco de los Versos Libres de José Martí que, gracias a Gonzalo de Quesada, pude leer hace unos meses. Pensé escribir sobre ellos a raíz de haberlos leído, cuando mi espíritu vibraba por la recia sacudida de aquellos ritmos selváticos, de selva brava. Mas opté por dejar pasar el tiempo y que la primera impresión se sedimentara y se depurase. Y hoy quiero hablar de ellos.

Los leí dos veces y en voz alta; una de ellas leyéndoselos a un amigo mío ciego y poeta. La oscuridad, la confusión, el desorden mismo de esos versos libres nos encantaron. Esa poesía greñuda, desmelenada, sin afeite, nos traía viento libre de selva que barría el vaho cargado de perfumes afeminados, de salón de esos versos cantables, de vaivén de hamaca, de sonsonete dulzarrón, con que se recrean las señoritas que saben aporrear el piano.

*Dicen, buen Pedro, que de mí murmuras  
porque tras mis orejas el cabello  
en crespas ondas su caudal levanta.*

Y así, como la melena de Martí, son sus versos libres, los más suyos, los más íntimos.

Se ve que son versos improvisados, notas íntimas escritas para propio solaz, consuelo o ánimo. Al margen de ellos puso Martí, según Quesada nos cuenta, esta nota de lápiz: "a los veinticinco años de mi vida escribí estos versos; hoy tengo cuarenta; se ha

de escribir viviendo, con la expresión sincera del pensamiento libre, para renovar la forma poética". Y por lo que luego dice Quesada se ve que, en efecto, esos bravíos versos libres eran de poesía íntima hacia dentro, de él para él.

En el ensayo que en sus *Familiar studies of men and books* dedicó Roberto Luis Stevenson a Walt Whitman nos dice hablando del estilo de este formidable profeta de la democracia norteamericana: "Ha escogido un verso rudo, no rimado, lírico; a las veces tocado de un bello movimiento procesional, a menudo tan abrupto y descuidado, que sólo puede describirse diciendo que no se ha tomado la molestia de escribir prosa". Y este último concepto fué para mí una revelación.

En efecto, si es como algunos enseñan que ni lo orgánico brotó de lo inorgánico ni esto es una reducción de aquello, sino ambas diferenciaciones de un estado primitivo de la materia, estado inestable y caótico, es muy fácil que ni el verso sea una sistematización de cierta prosa ritmoide, ni la prosa una reducción del verso —pues hay quienes sostienen que el verso fué anterior a la prosa, porque a falta de escritura se fiaban mejor a la memoria con el ritmo las fábulas, consejos y leyendas— sino que prosa y verso sean diferenciaciones sistematizadas de una forma primitiva de expresión protoplasmática, por decirlo así. Es la forma que representan los salmos hebraicos, la de Walt Whitman, y también la de los versos libres de Martí. No hay en ellos más freno que el ritmo del endecasílabo, el más suelto, el más libre, el más variado y proteico que hay en nuestra lengua. Y más que un freno es una espuela ese ritmo; una espuela para un pensamiento ya de suyo desbocado.

No quiso Martí ni aún asonantar en romance sus endecasílabos libres. Hizo bien. Hace poco que Miguel S. Oliver hablando de las poesías de Bécquer, tan gustadas en un tiempo, decía: "Escogió Bécquer para verter la esencia de su espíritu el vaso deleznable de la rima asonantada. El tiempo ha ido evaporando una gran parte de dicha esencia; la arcilla se ha resquebrajado. La asonancia en tales asuntos no resiste la acción del tiempo: es una cosa híbrida e inconsistente que no alcanza ni el pleno atavío del consonante perfecto ni la plena y atlética desnudez de verso

libre. Tiene un no sé qué de abocetado, de improvisado e interino que hace pensar en la "maquette" y no en la obra definitiva".

Cuando leí esto de Oliver, que es un mallorquín, pensé si lo habría inspirado su espíritu y su oído catalanes, pues sabido es que la asonancia es una peculiaridad de la poética castellana, que no la han usado las otras lenguas románicas y que hasta en catalán y portugués o gallego cuando se le encuentra es muy raro y por influencia catalana. Pero reflexionando en ello vine a pensar que no le falta razón a Oliver.

La asonancia no es, como la consonancia, como la rima perfecta, generadora —"generatrice" que dijo el poeta italiano—, no sugiere imágenes y hasta pensamientos para colocar un consonante, introduciendo un elemento objetivo y a la vez de azar liberador, pero liga y ata lo bastante para embarazar los libres movimientos. Y como es costumbre mantener una misma asonancia en una larga serie de versos produce un efecto de machacante monotonía. Difícil se nos hace hoy aguantar un largo poema en artificio estrófico, en octavas reales o en décimas, pero más nos costaría aguantarlo en verso asonantado. ¿Quién soporta aquel poema épico *El moro expósito*, que en romances, por mayor españolismo, escribió el Duque de Rivas? Tengo la convicción estética de que para escribir un largo poema el metro más acomodado hoy en castellano es el endecasílabo libre, y así se lo hacía notar a un amigo después que hubimos leído el precioso poema portugués *Constanza*, de Eugenio de Castro, que en endecasílabos libres está.

Lo sé por experiencia. Para escribir décimas u octavas o rondillas o quintillas o alejandrinos o sonetos o siquiera silvas aconsonantadas o romances hay que ponerse a ello, es decir, hay que proponerse de antemano emplear una cualquiera de esas formas métricas y rítmicas. Pero el que se pone a escribir, o mejor a improvisar con la pluma versos, porque el alma le pide versos, le demanda expresión rítmica de sentimientos fugaces encarnados en calientes imágenes, ese tal escribe, sin apenas darse de ello cuenta, endecasílabos libres. Y así Martí.

Ganado tengo el pan; hágase el verso, escribe Martí. Y es como es. No hacía él sus versos libres, sino que se le hacían ellos y le llevaban la mano sin ser por ella llevados.

*Como nacen las palmas en la arena  
y la rosa en la orilla al mar salobre  
así de mi dolor los versos surgen  
convulsos, encendidos, perfumados . . .*

Hay que creerle, porque estos versos libres de Martí son, en efecto, convulsos, encendidos y perfumados y se siente que brotan del dolor. ¿Creéis que podría decirse lo que Martí dice en aquel tremendo poema que se titula *Amor de ciudad grande* si se intentara decirlo en esos insoportables alejandrinos pareados que han querido algunos trasladar del francés al castellano? No, esas cosas no pueden decirse sino como Martí las dijo:

*¿Veis las carrozas, las ropillas blancas  
risueñas y ligeras, el luciente  
corcel de crin trenzadas y riendas ricas,  
y la albarda de plata suntuosa  
prendida, y el menudo zapatillo  
cárcel a un tiempo de los pies y el alma?  
¡Pues ved que los extraños os desdeñan  
como a raza ruin, menguada y floja!*

Hay también un verso que va en carroza —y rechinan las ruedas de la consonancia— con ropilla blanca, risueña y ligera, tirado por luciente corcel de crin trenzada y riendas ricas, un verso de albarda de plata que chispea al sol y verso metido en el menudo zapatillo de un metro artificioso y preciosista, cárcel a un tiempo del lenguaje y del pensamiento. Es un verso que gusta a ciertas señoritas; es el que se recita o mejor se canturrea en los salones: es el que se premia en los juegos florales; es el único que suena bien a los oídos de esos mozos que se recrean con las arias y cavatinas donizettiescas. No se hizo para ellos, ¡loado sea Dios! el verso libre en que buscó libertad de expresión Martí.

Y es un consuelo y una esperanza, permitidme que os lo diga, lectores cubanos, que nos hayan venido esos robustos versos libres, tan repletos de íntima poesía desbordante, de donde nos han venido tantas coplas dulzarronas, de pura guayaba, de un sonsonete adormecedor. Necesitamos versos que nos despierten si cabeceamos, no que nos adormezcan ni nos recen.

## EL ESTILO DE MARTÍ

Acaba de publicarse el volumen XV de las obras de José Martí, el apóstol y mártir de la causa de la independencia y libertad de Cuba, su poeta también. Este volumen se titula *Cuba* y contiene cartas, discursos y artículos de Martí referentes a la insurrección cubana contra el dominio del gobierno del reino de España. Y dejando por ahora su contenido, del cual como de las doctrinas políticas y éticas de Martí, queremos escribir con sosiego, vamos a decir algo del estilo, sobre todo del epistolar, de Martí, algo de Martí estilista. Estilista, ¿eh? y no hablista, que es muy otra cosa.

Y a propósito del tomo XV, que contiene los versos de Martí, y más bien de sus versos libres, endecasílabos todos ellos, escribimos algo que el editor de sus obras reproduce al principio de este volumen XV. Y como lo escribimos para el público cubano, queremos reproducir ahora aquí algo de ello.

Decíamos comentando los versos libres de Martí, lo que sigue:

“En el ensayo que en sus *Familiar studies of men and books* dedicó Robert Luis Stevenson a Walt Whitman nos dice hablando del estilo de este formidable profeta de la democracia norteamericana: “Ha escogido un verso rudo, no rimado, lírico, a las veces tocado de un bello movimiento procesional; a menudo tan abrupto y descuidado, que sólo puede describirse diciendo que no se ha tomado la molestia de escribir prosa”. Y este último concepto fué para mí una revelación. En efecto, si como algunos enseñan que ni lo orgánico brotó de lo inorgánico ni esto es una reducción de aquello, sino ambas diferenciaciones de un estado primitivo de la materia, estado inestable y caótico, es muy fácil que ni el verso sea una sistematización de cierta prosa ritmoide, ni la prosa una reducción del verso —pues hay quienes sostienen que el verso fué anterior a la prosa, porque a falta de escritura se fiaban mejor de la memoria con el ritmo las fábulas, consejos y leyendas— sino que prosa y verso sean diferenciaciones sistematizadas de una forma primitiva de expresión, protoplasmática, por decirlo así. Es la forma que representan los salmos hebraicos, la de Walt Whitman y también la de los versos libres de Martí. No hay en ellos más freno que el ritmo del en-

deca sílabo, el más suelto, el más libre, el más variado y proteico que hay en nuestra lengua. Y más que un freno, es una espuela ese ritmo; una espuela para un pensamiento ya de suyo desbocado”.

Cuando escribimos estas líneas sobre los endecasílabos libres de Martí no conocíamos aún sus cartas, sus cartas escritas a vuela pluma, alguna en el campamento, en un estilo taquigráfico o telegráfico, de expresiones torturadas y oscuras, pero llenas de íntima poesía. Son cartas de poeta, no de orador y a nuestro juicio y gusto, superiores a sus discursos. Porque en éstos el poeta intentaba hacer retórica, esto es, oratoria —que no es lirismo— y no le resultaba del todo. Es tan difícil que un gran poeta lírico sea gran orador como que un gran orador sea buen poeta. De nuestro Castelar —cuyas cartas acabamos de leer— no se sabe ni que intentara hacer versos. Sus metáforas son oratorias, retóricas, no poéticas. Y algo así podemos decir de Sarmiento, naturaleza de orador y no de poeta.

El estilo epistolar de Martí, en el que aparecen de cuando en cuando endecasílabos y octosílabos, es excesivamente elíptico, torturado, recortado y con frecuencia oscuro. A las veces recuerda al de Santa Teresa. Ni está siempre escrito en prosa sino en esa expresión informe, protoplasmática, que precedió a la prosa y al verso. Sus palabras parecen creaciones, actos. Están, desde luego, escritas en una lengua conversacional, pero de uno que habla mucho consigo mismo, son de estilo de monólogo ardoroso.

“Del exceso de trabajo apenas veo las letras con que le escribo —le escribe al general Antonio Maceo— y mi corazón está muy henchido para mostrárselo en palabras”. Es decir, que de tan apretadas en él ni podían salirle.

De sus *Versos Sencillos* decía Martí que fueron como tropel de mariposas que en los días en que los escribió le andaban dando vueltas por la frente y añadía: “Fué como una visita de rayos de sol. Mas ¡ay! que luego que los vi puestos en papel, vi que la luz era ida!” Indudablemente la escritura perjudica a los versos y a las cartas de Martí. A aquel “hombre de verdad y sencillez y no un llena-páginas”, como decía él de sí mismo, el papel le estorbaba. “El papel me estorba y quisiera hablarle, quisiera haberlo visto”, le escribía a su amigo José D. Poyo. “Ni es más

fácil que todo eso ser poeta a la vez en versos y obras”, le escribía otra vez a Enrique José Verona y él, Martí, era poeta en versos y obras. Y en cartas. Y en otra carta a este mismo Verona cita unos versos de Miguel Angel, tan parecido en su poesía a Martí. La de uno y la de otro fueron poesías de escultor: la de Martí poesía de escultor de un pueblo.

Habla de continuo Martí en sus cartas de la prisa que tiene de andar con alas. Devoraba la vida hasta que la vida le devoró. Y se ve que no releía sus cartas. Por lo que no parecen cartas escritas y ni aun habladas, sino mandadas. En cuanto quiere fundir varias creaciones en un párrafo articulado, de síntesis, de subordinación oratoria, se enreda en aquellas sus proposiciones breves, elípticas y aforísticas, bíblicas, y la cosa le sale mal. Su estilo era un estilo profético, bíblico, hablaba mejor, mucho mejor como Isaías que como Cicerón. “Lo que se hace es lo que queda y no lo que se dice”, decía, y su decir era sobre todo un hacer, sus palabras eran actos.

De aquí que la prosa epistolar de Martí, llena de hermosas frases poéticas, sea tan a menudo excesivamente oscura y hasta casi ininteligible. ¿Qué quiere decir, v.gr., esta frase: “Desde la cama, junto”? Ni por el contexto de la carta se deduce. Otras veces inventa giros absurdos como éste: “y no les parece que haya elegancia mayor que la de beberle al extranjero los pantalones y las ideas”. Hay que ver: ¡beber los pantalones! Otra carta empieza con este galimatías: “Amigo queridísimo: Sin brazo, del pulmón que no quiere servir. Hasta el sábado. Cuidado allá que se culebrea. Culebras de Cuba . . .” Y sigue por este mismo tenor.

Pero en cambio, ¡qué de expresiones felices! ¡Qué de frases en que, según su propia expresión, se acuñaba al propio corazón y “sin miedo a lo dantesco”! Este “sin miedo a lo dantesco” pinta su estilo.

El lector nos va a permitir una pequeña antología de frases de Martí sacadas de sus cartas. Allá va: “Quisiera relámpagos a mi lado”, “A la bilis habrías que temer; pero ya tengo mi retorta en el corazón y allí endulzo lo amargo”, “. . . le leyó la verdad de las entrañas . . .”, no que le leyese la verdad en las entrañas, sino la verdad de ellas; “de juego con la sangre del país

a la carta de la inmortalidad”, frase ésta que hay que cotejar con aquella otra, también suya, de que en Cuba la milicia “no pone como otras la gloria militar por encima de la patria”. “Tiene una mano con alas”. Aunque para expresiones materializadas, es decir, poetizadas, no hay como aquella en que decía: “Sentía como una piedad en mis manos cuando ayudaba a curar a los heridos . . . ”; “¡que nos vean la vida!” exclamaba una vez. ¿Y esto que decía al contar cómo se encontraron con la guerrilla baracoana de Félix Ruenes: “Los ojos echaban luz y el corazón se les salía”? De una de sus cartas decía que “iba llena de raíz”. Y así es, iban llenas de raíz, pero con poco, con muy poco follaje.

Y en su lacónica y aforística y taquigráfica brevedad, las frases de Martí suelen ser enfáticas, muy enfáticas, pero de un énfasis natural. “Los dedos se me quejan”, dice al comenzar una carta a Serafín Bello y acaba diciéndole: “Sáquese una página del corazón. Demos de nuestra sangre, si sirve de riego”. En otra carta al mismo: “Recojan almas”. Y en otra: “¿que no tiene después de ellos ponzoña, la villanía?” Con esto hay para un poema. Otra vez dice: “pondré actividad de loco en el empleo de mi razón”, y es una de las más felices expresiones que hemos leído. Escribiendo a J. A. Lucena le dice conceptuosa y conceptísticamente: “Cada cubano que muere es un canto más; y cada cubano que vive debe ser un templo donde honrarlo: así mi corazón lleno de estas memorias, de manera que fuera de ellas no vive, y muere de ellas”. Otra vez: “y aunque se echen a comerme las entrañas yo las sacaré triunfantes en el puño. Ya usted sabe cuáles son mis entrañas: la libertad de nuestro país”. “Ando como sobre alas”, escribe otra vez *ando* y no *vuelo*. “Las guerras van sobre caminos de papel”, dice refiriéndose al poder de la prensa. Otras veces habla de un “derramamiento de almas”, o dice de uno que es “redondo de mente y de razón”. “Ya llegaré a su hora a las puertas, con mi tierra en los brazos y le darán pan y vino”. “Que si es noble decir la verdad, lo noble es decirla toda”. “En la verdad hay que entrar con la camisa al codo, como entra en la res el carnicero”. “¡Y cuidado, cubanos, que hay guantes tan bien imitados que no se diferencian de la mano natural!”

Una vez habla —esto es un discurso— de un “silencio que caía sobre los hombros como una investidura” y el mismo discurso del “acero de que se fabrican a la vez las plumas y las espadas” y más adelante que “sólo desdeña a los demás quien en el conocimiento de sí halla razón para desdeñarse a sí propio”.

Y este hombre —y “ser hombre, decía él, es, en la tierra difícilísima y pocas veces lograda carrera” —ansiaba amar y ser amado. En sus cartas abundan frases como éstas: “¡quierámel!”, “gozo en quererlo”; “es un placer amar”; “no deje de amarme”; “dígame en seguida que me entiende y me quiere; aguardo con el corazón atravesado”, y este hombre era, por lo tanto, fundamentalmente un pesimista. “Cuando se está dispuesto a morir se piensa poco en la muerte, ni en la propia ni en la ajena”, decía él que murió por su patria, pero también dijo que padecer, “es lo mismo que vivir”, que “a obrar bien y no a gozar hemos nacido” y que “hacer siempre es sufrir”. No fué nunca un hombre sereno “una flor de mármol” como le llamaba a Varona, y en la hermosísima carta que escribió a su madre menos de dos meses antes de morir —murió el 19 de mayo de 1895— le decía: “Usted se duele, en la cólera de su amor, del sacrificio de mi vida y ¿por qué nació de usted con una vida que ama el sacrificio?” Y más adelante: “Ahora bendígame y crea que jamás saldrá de mi corazón obra sin piedad y sin limpieza”. Y así fué su muerte, la de un mártir, es decir: de un testigo. Testigo, entre otras cosas, de la torpeza de los que le mataron cuando iba a hacer obra de paz, acaso o acabar la guerra como debió haberse acabado.

Pero no entremos en el fondo de las doctrinas y de la historia de Martí. Hemos tratado sólo, estudiando su estilo, de ver en él al poeta, al hombre de realidad y de amor, al que en fuerza de ardorosa pasión veía la realidad concreta y viva y era hombre de acción inmediata, “como todo verdadero poeta lo es, al que pudo tomar por buena aquella su frase: “Con la realidad y por el cariño”.

El estilo es el hombre, se ha dicho, y como Martí era un hombre, todo un hombre, tenía un estilo, todo un estilo. Era un estilista; un escritor correcto, ¡no! Si le coge por su cuenta el gramático y filólogo colombiano don Rufino José Cuervo,

cuyas doctísimas "Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano" hemos repasado estos días, si le coge una frase como ésta: "La caridad no cierra los labios, y el aseo moral". ¿Qué es eso? —diría— es la caridad lo que le cierra el aseo moral, o es el aseo moral, con la caridad, los que le cierran los labios? Y a esa frase tan antigramatical precede este estupendo aforismo: "el infierno tiene derecho al cielo y los criminales a la redención". ¿Cuándo ha escrito cosa así ningún castizo purista? Volveremos a Martí. Y también a Cuervo.